

¿Todos somos Ayotzinapa?

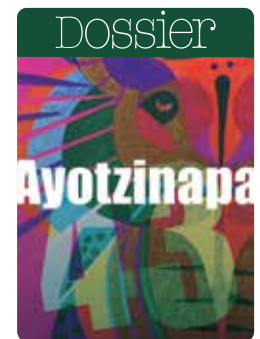
Amy Reed-Sandoval*

Muchos conocen el *hashtag* de Twitter #AyotzinapaSomosTodos, el cual ha recibido *posts* sobre la tragedia de Ayotzinapa en lenguas de casi todo el mundo. “They are not a number. They have names and histories,” “No son un número, tienen nombres e historias,” posteó *Revolution News* —un grupo internacional de activistas y periodistas— el día 26 de septiembre. El día 24, una activista publicó en Twitter un anuncio para una conmemoración de Ayotzinapa en Calgary, Canadá, con los *hashtags* #AyotzinapaSomosTodos, #Ayotzinapa, #Calgary. Desde muchos rincones de la tierra, dentro y fuera de México, muchos han posteado *tweets* con el lema, ya tristemente famoso, “Vivos se los llevaron, y vivos los queremos.” *Noticias Ayotzinapa* publicó a través de este *hashtag* una invitación a un evento cultural de “Danza Azteca” en Houston, Texas, cuya conexión con la tragedia de Ayotzinapa no queda inmediatamente clara. Sin embargo, #TodosSomosAyotzinapa logra inspirar al lector —por lo menos, cualquier lector que está abierto a reconocer las grandes injusticias que Ayotzinapa representa— en parte porque muestra que la desaparición de los 43 jóvenes no pasó desapercibida en el mundo. También muestra que sigue existiendo solidaridad entre seres humanos en la época de Facebook y Twitter.

A la vez, hay que reconocer que el activismo de Facebook, Twitter y *hashtags* trae consigo preguntas filosóficas —y #AyotzinapaSomosTodos no es ninguna excepción. Es más fácil compartir un artículo “antisiste-

ma” en Facebook que involucrarse de una manera más profunda en “la causa” en cuestión; es posible escribir un comentario político en Twitter sin entender bien a lo que uno se refiere; es posible y común autodeclararse como un “activista radical” al mundo de las redes sociales sin sufrir los sacrificios drásticos que eso implica. Así que, cuando surge un *hashtag* como #AyotzinapaSomosTodos, hace falta interrogarlo filosóficamente. Hace falta preguntar: ¿*todos somos Ayotzinapa?*

En este breve ensayo voy a argumentar que no. No todos somos Ayotzinapa, si ya entendemos “Ayotzinapa” como la injusticia sufrida a lo largo de esta tragedia, los más afectados por esta tragedia, los más indignados por esta tragedia, “la cara al público” de esta tragedia, los que están más involucrados en la lucha. No, “Ayotzinapa” son los 43 estudiantes desaparecidos, sus familias y amigos cercanos, los miembros de sus comunidades, y también, más ampliamente, las personas mexicanas que viven en situaciones marginalizadas parecidas a la de los estudiantes desaparecidos y que corren, por lo tanto, el peligro de ser victimizados de una manera similar. Esto no significa, voy a explicar brevemente, que los demás —los activistas (por Facebook y por otros medios), los estudiantes y los profesores de clase media y clase media alta, las personas y voces internacionales que han tomado el tiempo e interés para expresar su indignación con respecto a Ayotzinapa— deberíamos dejar de preocuparnos por Ayotzinapa a tra-



Fecha de recepción: 2014-09-02
Fecha de aceptación: 2014-09-23

*Doctora en Filosofía por la Universidad de Washington. Actualmente es profesora en la Universidad de Texas en El Paso.



vés de manifestaciones, conversaciones críticas y, por supuesto, por *posts* en Facebook y Twitter. Pero sí significa que deberíamos pensar en cómo *no* somos Ayotzinapa, y en cómo podemos utilizar nuestras posiciones diferentes para hacer una contribución productiva a esta causa.

Primero, voy a argumentar que no todos somos Ayotzinapa. Está claro que los 43 estudiantes fueron desaparecidos no solamente por su comportamiento político, sino también por aspectos de sus identidades sociales. Con respecto a su comportamiento e identidad *política*, ellos tenían un nivel de involucramiento y sacrificio que la mayoría de las personas —incluso los que nos preocupamos por la justicia social y que estamos dispuestos a hacer ciertos sacrificios personales— simplemente no compartimos. Ellos se pusieron en posiciones de verdadero peligro, tomaron autobuses privados para llegar a manifestaciones, pidieron dinero en las calles para poder ir a eventos sociales, y sufrieron un verdadero estigma por sus inclinaciones políticas. Políticamente, antes de declararnos “Ayotzinapa,” tenemos que preguntarnos honestamente si tenemos una identidad política parecida. Y la mayoría de la gente simplemente no la tenemos. Así que políticamente, no todos somos Ayotzinapa.

También carecemos de la identidad “Ayotzinapa” —por lo menos muchos de nosotros— con respecto a nuestras identidades sociales. Para los 43 jóvenes desaparecidos, la identidad

“Ayotzinapa” empezó a formarse antes del día 26 de septiembre de 2014. La mayoría de estos estudiantes crecieron en situaciones de alta pobreza, y muchos también crecieron en comunidades indígenas en Guerrero. Así que, en la esfera pública, fueron racializados como indígenas con todo lo que eso implica. Para algunos, estudiar en la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos fue su única opción para intentar salir de la pobreza; algunos de ellos habían soñado con migrar clandestinamente a los Estados Unidos para ahorrar un poco de dinero, pero fueron desanimados por familiares que no habían tenido suerte con sus intentos de cruzar la frontera. Estas identidades sociales de los 43 estudiantes son importantes porque hicieron que fueran “presa fácil” de los actores malintencionados en cuestión. Si un grupo de hombres blancos, ricos y socialmente privilegiados participaran en las mismas actividades políticas que los 43, está claro que no hubieran sufrido un destino tan injusto. Así que en el sentido de que no todos somos racializados como los 43 normalistas, y en el sentido de que no todos crecimos (ni seguimos viviendo) en una situación de extrema pobreza, no todos somos Ayotzinapa.

Está claro que opino que los estudiantes desaparecidos sí son “Ayotzinapa”. Pero reconozco que el término “Ayotzinapa” se refiere a otras personas también. Por supuesto que las familias de los 43 son Ayotzinapa; la mayoría de ellos y ellas viven esta tragedia de una manera que los de-

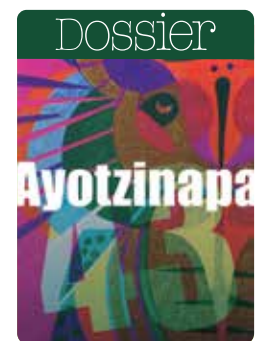
más no podemos imaginar mientras experimentan una marginalización sistemática que también fue (¿o sigue siendo?) sufrida por los 43. Opino que también “son Ayotzinapa” las personas que sufren una marginalización parecida a la de ellos, y que corren peligros parecidos por sus identidades sociales y sus comportamientos políticos. Opino que si tú, al enterarte de la tragedia de Ayotzinapa, no pensaste (razonable y honestamente) “eso me podría pasar a mí,” no eres Ayotzinapa. En lo personal, yo no soy Ayotzinapa, y creo que lo correcto es admitirlo.

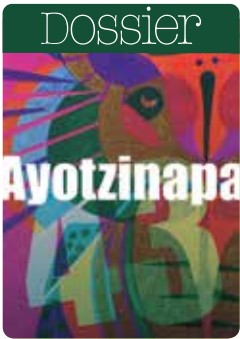
Por fortuna, no hace falta ser *Ayotzinapa* para poder preocuparse por Ayotzinapa. No tienes que tener la identidad de Ayotzinapa para hacer activismo —por Facebook y por otros medios— a favor de la justicia con respecto a esta tragedia. Un hombre puede ser feminista sin identificarse como mujer; yo soy activista para los derechos de niños y jóvenes sin ser yo misma una niña. En la esfera del activismo, es ambos, ético y útil, reconocer cuando no compartimos las identidades de las personas que intentamos apoyar con nuestra actividad política. Por ejemplo, *éticamente* es importante que un hombre que participa en activismo feminista reconozca que es hombre —con todos los privilegios sociales que eso implica— para que no acapare la atención política de la causa feminista y, como consecuencia, borrar las voces y perspectivas de las mujeres feministas que están luchando para ser escuchadas políticamente. Pero también

es útil, con respecto a su activismo, que el hombre en cuestión reconozca su identidad social. Por ejemplo, un hombre feminista puede tener más éxito que tendría una mujer feminista en lograr que hombres machistas hagan un poco de caso a las causas feministas.

Lo mismo se aplica al activismo con respecto a Ayotzinapa. No hace falta tomar la identidad de “Ayotzinapa” para contribuir a esta causa. Además, es ético y posiblemente útil hacer nuestras contribuciones mientras reconocemos que no somos Ayotzinapa. Es ético porque al identificarnos equivocadamente como “Ayotzinapa,” estamos borrando el hecho de que la mayoría de los 43 jóvenes sufrieron una marginalización extrema que nosotros no sufrimos, que tuvieron un involucramiento político que les impuso un estigma social real y los puso en una posición de verdadero peligro. Autoidentificarnos erróneamente como “Ayotzinapa” es, por lo tanto, una falta de respeto hacia esos jóvenes, y esencialmente borra el hecho de que estos actores políticos tuvieron aún menos oportunidades que nosotros para ser escuchados políticamente.

Así que es ético no autoidentificarse como “Ayotzinapa”, pero también puede ser útil hacer activismo a favor de la justicia con respecto a esta tragedia sin apropiarse de esa identidad. Puedes usar los privilegios sociales que tienes para lograr que la gente que te rodea —incluso la gente políticamente apática— se dé cuen-





ta de estas injusticias. Puedes buscar oportunidades para ofrecer una plataforma sociopolítica a personas que se encuentran en posiciones de alta marginalización. Los académicos podemos luchar para crear universidades más públicas —realmente públicas— y dejar de invitar exclusivamente a “los famosos de siempre” a nuestras salas. Y sí, podemos poner *posts* en Facebook, Twitter y en otras redes sociales, y podemos ir a las manifestaciones sin “ser” Ayotzinapa.

Para concluir, quiero dejar claro que no culpo a las personas que han intentado contribuir a esta causa bajo el *hashtag* #AyotzinapaSomosTodos (¡aunque tal vez parezca todo lo contrario!) Ese *hashtag* es llamativo y popular, y entiendo por-

qué la gente lo quiere utilizar para mandar sus mensajes a favor de los 43 y sus familias. Pero también quiero dejar claro que “Ayotzinapa” sí ha sido construida como una identidad: específicamente, en términos de la identidad de los 43 jóvenes, sus familias, y los que luchan para la justicia bajo una marginalización parecida a la de ellos. Esa identidad, sin embargo, no es compartida por todos; en otras palabras, no todos somos Ayotzinapa. He argumentado —convincientemente, espero, en el contexto de este breve ensayo— que no hace falta apropiarse de esa identidad para participar en el activismo relacionado con esta tragedia. De hecho, creo que tenemos una obligación moral para hacer precisamente eso.

EL EPIGRAMA

Adán Ostos Valenzuela

Evolucionado desde la Grecia Clásica como un mensaje sucinto, mordaz y poético, formó parte en su recorrer de los epitafios o mensajes en las tumbas y títulos de esculturas. España no fue la excepción. Juan de Iriarte, egregio intelectual de principios del siglo XVI lo define irónicamente con el mismo epigrama:

A la abeja semejante
para que tenga placer,
el epigrama ha de ser
dulce pequeño y punzante

Considerado como un género literario, hoy, lamentablemente se encuentra un tanto abandonado por periodistas y escritores, su desuso es tan común que muchos jóvenes y no pocos viejos lo desconocen por completo.

LA MUERTE DE UN PRESIDENTE

Las exequias al panteón
Incluyen un gran cortejo
lo acompañan sin complejo
la señora corrupción;
y sin faltar la inflación
que avanza con devaneos,
también está el desempleo
siguiendo la procesión

más allá en segunda etapa
con precaución y recelo,
caminan con negros velos
Tlacoya y Ayotzinapa.